

Urman, Julián

No te mates en mi cultivo de marihuana, 2ª ed. revisada,
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dedalus, 2020.
108 p. ; 20 x 13 cm. - (Biblioteca Contemporánea; 14)

ISBN 978-987-3744-62-4

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Biblioteca Contemporánea  NARRATIVA

No te mates en mi cultivo de marihuana

JULIÁN URMAN

© Julián Urman, 2020

1ª edición, editorial Tamarisco: mayo de 2014

2ª edición revisada, Dedalus: agosto de 2020

© Dedalus Editores

Paraguay 3034 3D, Buenos Aires, Argentina

info@dedaluseditores.com.ar

www.dedaluseditores.com.ar

Diseño de colección: Crudele/Ribeiro

Maquetación: Ariel Shalom

ISBN 978-987-3744-62-4

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta,
puede ser reproducida, almacenada, transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, digital,
de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor. O del Bocha.

DEDALUS 

Para Ana... y Simona

1. La caída

Viernes, tres postmeridiano. Este fin de semana la alegría es doble: mi mujer (mi novia, pero vivimos juntos) está en un congreso en Brasil (estudia historia del arte) y la ocasión resulta perfecta para engañarla con una desconocida.

Todas mis relaciones sexuales se basaron en la posibilidad de construir una pareja; por eso, en la cama como en la vida, siempre busqué la serenidad de un afecto prolongado antes que la furia del placer pasajero.

Llamo a una amiga. Quiero encontrar una fiesta pequeña para charlar porque soy el rey de la conversación casual. Mi amiga atiende en su trabajo nuevo. Ex punk, ahora publicista, hace campañas políticas peronistas y cree en la honradez del candidato. Conversamos, me lón con jamón. Explico por teléfono las condiciones especiales de este viernes que me llevan a necesitar una fiesta pequeña donde conocer a una pseudointelectual semialcohólica para traer a casa a fumar unas flores.

En el patio de casa, en un cuarto de dos por dos equipado con ventiladores y lámpara de sodio de 400 Watts, cultivo marihuana. Tengo trece nuevas plantas

diminutas como brotes de soja en vasitos de plástico blanco agujereados en el fondo; en cada brote, la promesa de una escultura fotosintética. También tengo flores listas para fumar en un frasco que compró mi mujer para que yo no sufra abstinencia mientras espero la cosecha (una santa).

Hablo por teléfono en el sillón del living, debajo de una ventana que da a la calle. Mientras, armo y doy lumbré a un cigarrillo de cogollos. Me deslizo hacia un alegre pelotudeo. En eso estoy cuando oigo un portazo. Le digo al teléfono: un portazo. No le doy mayor importancia. Un portazo es un ruido posible.

Seguimos con la conversación, melón con jamón hasta que suena el timbre, insistente. Le digo a mi amiga que tocan timbre. Últimamente intento decir todo, es parte de una nueva política de sinceridad que me ayuda. Corto el teléfono, dejo pasar un tiempo. Deposito esperanzas en que el mundo exterior olvide mi existencia.

Pero el timbre conoce estos trucos e insiste. Nunca lo escuché así. Nadie toca de esta manera. La repetición veloz de impactos cortos mezclados con otros largos da cuenta de una voluntad férrea, es la expresión de algo urgente: alguien que sabe cómo tocar timbre, alguien que conoce el alcance macabro de ese maldito instrumento.

Con esfuerzo levanto la persiana, antigua y pesada, para ver quién es. Afuera, un grupo de treinta vecinos señala

mi casa, como si estuvieran frente a un OVNI. Muchos hacen visera con la mano sobre los ojos. A un costado, el verdulero me hace señas de que baje, aprovechando lo personal de nuestra relación para diferenciarse del conjunto. Bajo y abro.

Es la policía.

Quieren saber si mi casa tiene patio al fondo. Estoy a punto de negarlo, pero sospecho que la pregunta es retórica, por lo que digo que sí. Quieren pasar. Los dejo. Quince uniformados entran, todos piden permiso. Alcanzo a preguntarle al último por el motivo de la irrupción. Me dice que se tiró una persona del edificio de al lado y que lo están buscando. Tardo en entender que esta persona debe estar muerta.

Sigo el camino de los uniformados. Subo las escaleras que conducen de la puerta de calle hasta el living, luego paso por la cocina y salgo al patio donde, además del pequeño cuarto de ventanas tapadas con trece plantas recién nacidas, hay escaleras que van a la terraza. Está acá, dicen. ¿Dónde?, pregunto. Cayó en el techo del cuarto este, responde uno de los policías y señala mi cuarto de cultivo; luego dicta por celular una dirección que reconozco: es la de mi casa.

Vivo en Villa Crespo. Soy judío, siempre lo fui, y sin embargo no estoy circuncidado. La razón de mi prepucio es que mis padres consideraban que el *bris* era un ritual bárbaro. Bárbaro en el sentido de barbárico. Mi abuelo materno estaba en feroz desacuerdo y decía que yo, de

adulto, lo reclamaría. O sea que, a la hora de nacer, mi pene ya era objeto de discusiones familiares.

En el patio tengo bolsas de tierra, humus de lombriz, harina de hueso, perlita y cuatro macetas. Desconozco el pode inculminatorio de estos elementos, pero me alejo a temblar tranquilo en el living. Encuentro el teléfono donde lo dejé, sobre la mesa, junto a un frasco de mermelada lleno de cogollos. En mi mente suena una alarma que indica que debo alejar la marihuana de la presencia policial. Aprovecho que todos están afuera, custodiando el cadáver, para esconder el frasco en un mueble lleno de discos de vinilo.

La altura promedio de los policías es baja, por lo que alcanza con esconder el frasco a la altura del último estante. En puntas de pie, balanceo el objeto de vidrio hasta que logro apoyarlo. Cuando giro hacia la ventana descubro que todos mis vecinos siguen agrupados, mirando hacia arriba. Vergüenza: toda la cuadra me vio esconder la marihuana. Pero lo hecho, hecho está, y justo a tiempo porque suben más policías acompañados de bomberos. La puerta de calle está abierta, y ya nadie pide permiso para entrar.

Adquiero la feroz conciencia de que todo en mi casa habla de mí; como un torbellino de la decencia imparto el orden, escondo aquello que me parece inoportuno. Cargo mis bolsillos de pipas, picadores, papelillos saborizados, pinzas, tucas, tuqueras, y demás parafernalia. Destruyo

una representación en papel de la caída de las torres gemelas que desde el dos mil uno adorna mi biblioteca.

Afuera, en el patio, los policías montan sobre el techo del cuarto de cultivo un biombo que oculta la escena a la vista de espectadores casuales, a saber: vecinos que sacan fotos. El biombo es rojo y en letras amarillas dice "POLICÍA FEDERAL ARGENTINA". Lamento que la cámara de mi celular, rota, solo produce imágenes psicodélicas. Hago un esfuerzo mental por asimilar cada detalle de lo que veo, quiero guardar esta imagen para siempre.

En casa estamos los policías, yo y el cadáver, en ese orden. Ellos (policías) dicen que para llevarse el cuerpo falta la orden del juez, que puede tardar una hora o dos. Hacen chistes de poner agua para el mate. Empiezo a sentirme a gusto acompañado. Igual no pongo agua, no quiero mate, no me gustan las infusiones. Tengo un kit de mate de mi mujer que no ofrezco por respeto a la distancia que impone la tragedia.

Trato de parecer casual. Mientras no haya indicios de culpabilidad de mi parte, no habrá motivos para la pesquisa. Con el poder de mi mente implanto esa idea en mentes uniformadas. En el cuartito del patio no hay nada de importancia. Con solo convencer a uno, los demás, parte de la misma red neuronal, recibirán de fuente segura la información pertinente: en el cuartito del patio no hay nada de importancia.

Aprovecho una distracción de los policías para salir al patio y retirar la manija de la puerta, que no está atorillada. Un bombero sale un segundo después y me dice que tuve suerte de que el suicida no atravesara el techo. Dice que el hombre en cuestión, el cadáver, mide un metro noventa y pesa ciento cincuenta kilos. Habla en presente, lo que resulta lógico ya que el cuerpo, muerto o vivo, pesa y mide más o menos lo mismo.

A la conversación con el bombero se suma un oficial azul oscuro. Ambos preguntan cómo no me llamó la atención el impacto. Su hipótesis es que yo me dormía una siesta. Lo dicen con tono picarón: eh, te estabas durmiendo una siesta. Intento defenderme, pero noto que estoy en medias. No hay caso, al mirarlas descubro que son mis medias rojas.

Atraídos por el foco de conversación, el resto de los presentes se acerca al patio. Percibo que entre las fuerzas del orden no hay dos uniformes iguales, hecho más marcado entre bomberos que policías. Los primeros llevan pantalones amarillos con tiradores de diversa índole, a veces cruzados, a veces no. Los segundos visten por lo menos cinco tonos distintos del azul al negro.

Me pregunto si esta diferencia responde a una expresión de individualidad por parte de los uniformados, que quizás eligen la tonalidad que mejor los representa, o a una cuestión clasificatoria de rango o especialidad, o quizás incluso a un hecho azaroso a la hora de comprar

los uniformes, indicativo de lo difícil que resulta para la institución homogeneizar a sus miembros.

¿Qué tenés, techo de losa?, pregunta un bombero y señala el cuarto. Ni idea, respondo. Todos giran para mirarme, son como veinte. Se genera un silencio. Resistimos, el techo y yo. El bombero insiste: pero el techo, ¿es de losa? No sé (me rasco la barba). Y llega la pregunta: ¿qué tenés ahí adentro?

Al no tener manija la puerta, la única opción para abrirla sería una llave, de la que yo podría desconocer el paradero al tratarse –como tenía pensado decir– de un cuarto con cosas de jardinería de mi mujer, que ella no quiere que yo toque.

Este enfoque también abre la posibilidad de, en caso de que descubrieran los oficiales el cultivo, continuar con la mentira y afirmar que yo no tenía idea de que mi mujer era una narcotraficante anarquista bolchevique; al estar ella en el Brasil, simplemente sería cuestión de avisarle que no volviera por un tiempo, hasta que se olvidara el asunto.

Lo que no había considerado era qué decir si me preguntaban abiertamente por los contenidos del cuartito. No tuve en cuenta esa posibilidad, de que confiaran en mi palabra en vez de tratar de abrir la puerta y mirar. Supongo que algún recurso legal me protege de ese tipo de acciones, pero desconozco por completo mis derechos.